

Ámbar
Past

POEMAS



AULA LITERARIA JESÚS DELGADO VALHONDO

Ámbar
Past

POEMAS



aula

Juizkegado Vallumoli

Organiza:

aeeex asociación de escritores extremeños

Colaboran:

JUNTA DE EXTREMADURA

CONSEJERÍA DE CULTURA E IGUALDAD

IES ALBARREGAS

IES EMÉRITA AUGUSTA

IES SANTA EULALIA

ESCUELA DE ARTE

BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL JUAN PABLO FORNER DE MÉRIDA



PARADORES
Mérida

|FUNDACIÓN CB



DIPUTACIÓN
DE BADAJOZ

Ilustración Portada:
CÚKOI VIVIDAS

Maquetación e Impresión:
Artes Gráficas Boysu, s.l.

Dirección:
ANTONIO ORIHUELA
ELADIO MÉNDEZ
ABEL HERNÁNDEZ

El programa de Aulas Literarias de la AEEX obtuvo en 2007 uno de los Premios al Fomento de la Lectura concedidos por la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Extremadura.

EDICIÓN NO VENAL

DEDICO este poema a los hombres que nunca se acostaron conmigo
a los hijos que no tuve
a los poemas que nadie escribió

Dedico este poema a las madres que no amaron a sus hijos
A las que murieron en hoteles
sin que nadie las acompañara

Lo dedico al autor de las pintas en los muros
Al hombre y a la mujer
Al torturado anónimo
Al que nunca dijo ni su nombre

Dedico este poema a los que gritan de dolor
y también a las parturientas
A los que gritan en la terminal de autobuses
en los portales del mercado

Lo dedico a los suicidas
A los poetas
que viven olvidados en alguna antología
Al que lava cadáveres
A las mujeres que se acuestan con todos
A los que siempre duermen solos

Dedico este poema a las comadres y a los compadres
que hacen el amor y se convierten en piedra
A los que se bañan con jícara en Viernes Santo y se vuelven peces
Al hombre que se volvió zopilote
y a los que sueñan que pueden volar

Dedico este poema al Señor de la Noche Estrellada
A la Guacamaya de Fuego
Al Llanto de las Moscas
A la Lluvia Verde
Al que Guarda la Miel
A la Hermandad de los Hermanos Menores

Al de la Máscara que Lloro
Al Rugoso Caracol de Tierra
Al Vertedor de los Cuatro Rincones
A los Juntadores de Corteza para Preparar el Vino Ceremonial.

Lo dedico al que toca la flauta y el tambor cuando van a lavar
los paños en el ojo de agua
A la que chapotea en las cascadas y se moja el pelo con agua de lirios
A la que da el pecho a su hijo en el cañaveral
A los que buscan el arco iris en el aceite de los charcos
A los remeros que inventan el canto con sus brazos
A los que lavan el nixtamal bajo la lluvia
A las que acarrear el agua en cántaros
y caminan por la carretera
A la niña viendo luciérnagas
A la niña con el candil en la mano
A los chamacos que saltan con el rastrojo en llamas
A los que corren sobre el fuego
entierran a sus muertos en la cocina
y cantan entre los escombros
Al que engaña a su muerte en las camas de los moribundos
Al que baja de los cerros para no quemarse con las estrellas
Al que agarra la mano de la muerte y baila con ella
A las que tienen muchas nueras y cargan iguanas en sus cabezas
A los colochos que venden nieve en tierra caliente
A los camaroneros divisando el cometa de madrugada
Al que arremanga su camisa y pide un hacha
A la que vende tamal de bola, de mumu y chipilín
A los que cortan elote tierno para comerlo crudo
y amarran la pata del perro que roba pollo
A los que hacen las maracas
y matan por amor
A los que se avientan al hoyo en el entierro de un amigo
Al poeta que no puede bajar del techo por estar tan enamorado
Al que hace lo que puede
Dedico este poema a los que no frecuentan cafés
ni piscinas ni saben hablar por teléfono
A los que no entran en los bancos

ni salen en la tele
A las de la primaria vespertina
que reciben declaraciones de amor con faltas de ortografía
A los poetas que nunca empiezan a escribir
A los meseros que tragan su dignidad
A las viejas que lavan ajeno
A las que no se atreven a opinar
ni a levantar la voz
A las que no pueden estar felices sin el consentimiento del macho
A los que se tiran al suelo y tragan su lengua entre la multitud
A las que duermen con sus delantales puestos
y piensan en el quehacer mientras sus maridos eyaculan prematuramente
A las que se levantan a oscuras en galeras de palma
A las que tortean en jacales
A la que se quemó su pelo
y manchó de tizne su falda
A los que asolean chilacayotes en su tejado
y no tienen sillones
A los que arrullan a sus hijos en tzotzil
y traen mugre bajo las uñas
A los pepenadores
A los que chaporrean
A los que siembran nopales y comen tortilla con sal
Al sereno que también trabaja de día
A la de la chancla rota que tiende cien camas cada mañana
Al viejo sin dientes que merca chicle en la playa
A los que viajan parados a la tierra del cacao
A las que traen las caras negras
y la cicatriz del llanto en su sordera

Dedico este poema al hombre encadenado
A los niños golpeados
A los hijos de alcohólicos
A las que cuidan a las criaturas de otros y ven a las suyas cada quincena
A la que trapea en el colegio y no sabe firmar su nombre
A las que comen en la mesa del hospicio
A los tullidos que se acurrucan junto al horno en alguna panadería
A los que atienden los baños públicos

y barren las calles al amanecer
A las que bailan en cabaretes
y están hartas

Dedico este poema al amasador de adobes
que muere en la casa que construyó para otro
Al poeta en su velorio con la boca cerrada para siempre
A los que se escaparon de noche cuando el volcán sepultó su iglesia
A los vecinos que ya enterraron a sus hijos
uno tras otro como los años que pasan
A los que han tenido que vender a sus hijos, su sangre y su sexo
A los que nada tienen que perder

Dedico este poema a los peones acasillados
que invaden las tierras del patrón
A los que cavan túneles debajo del dinero
A los que prenden lumbre al ingenio
A los que no echan sombra y sin luna contemplan los puentes
A los niños de trece años que se alzan a la guerrilla
y conocen mujer por primera vez en la montaña

Para los dos heridos
Para Las Pelonas
Al tacuazín de Olga
A los chuchos apaleados
A niños que nacen en países donde la verdad está prohibida por ley
A los que han adoptado otro nombre
y llevan años sin saludar a la familia
A los que nunca durmieron en la misma cama
y comparten la fosa común

Dedico este poema a la madre que busca a su hijo en el anfiteatro
entre otros poemas decapitados
A la que no puede decir cuál cadáver es el suyo
y se despide de cada uno
con un abrazo.

CLITORIS

Las mujeres empiezan a buscar
y en sus camas descubren
hombres que no hablan.

Descubren semen y hombres mudos.
Sale el esperma pero no la palabra.

Las mujeres buscan
el amor y encuentran
sólo a sus hijos.

Los hombres se llaman hijos
o amantes.

Se van a pintar la cueva
donde la mujer alumbró.

2

El hombre no duerme en cama.
Durmió dentro de su madre
y ahora quisiera volver
a meterse.

Los hombres buscan
a sus madres por los ríos
donde andan las mujeres
cuando dan a luz.

3

Soy túbulo.
Se hinchan las semillas,
las panzas de las mujeres,
la luna llena.
Me escondo del sol.
Espero que nazcan hembras.
Poco a poco humea mi faz.

4

Y siempre la mujer a solas
con el hombre que no sabe amar.

5

Y siempre la mujer
lavando amargamente
las sábanas donde parió
su madre.

La araña teje su cama
y no tiene marido.
Ni pena porque
no es animal doméstico.

6

Las arañas buscan
el rocío en sus sábanas.
El hombre busca sudores
y vuelve a la cueva.

7

(Tengo una alcoba en mi pecho
donde guardo un viejo amor
inalcanzable.)

8

Ni siquiera sabes su nombre pero te va llenando
de su cuerpo como la marea ocupa una cueva.

Penetra en tu memoria.
En tus madrugadas.

Le gusta darte placer.
Un placer sin ambiciones.
Un placer anónimo.

Una vez pasan toda la noche juntos.
Muchas veces
tiendes tus sábanas al sol y lo esperas.
Nunca llega en estas ocasiones.

9

¿Cuántas veces viajé toda la noche
para pasar veinte minutos contigo
bajo las aspas del abanico
en cuartos que todavía nos esperan?

10

En esta cama donde hemos nombrado todas las cosas
navegan mis piernas.
Tú no estás.
El sol toca mis muslos.
Ningún pretexto detiene mi mano.

11

En mi cuerpo está escrito
que tal día te conocí.
Que tal noche nos fuimos
a cualquier lado en autobús
para pasar la noche juntos.
En cayucos,
en un velero,
algo hicimos
y ni cuenta me di cuando terminó.

Ya se va la barca.
Estoy a bordo.
Tu despedida está escrita en mi cuerpo.

12

Nunca te dediqué ningún poema.
Sólo una vez te di un buen masaje
en un hotel sin agua.

Nunca te dediqué nada.
Ni un momento.
Sólo escuchamos unos pájaros
y ya.

13

Bajo tortura admito que ya no te quiero.
Bajo tortura que ya no me gustas.
Bajo tortura que ya me voy
lejos de tus brazos que no me buscan.
Ni bajo tortura digas que me quieres.

14

Me habita una serpiente.
Se esconde en la sombra de la palmera
que crece en el patio interior de mi casa.
El sol está adentro de mi carne.
Tengo tierra, musgo, líquenes dentro de mí.
Soy la serpiente.
Me deslizo por el bosque.
Una mujer camina bajo los árboles.
También soy ella.
La jardinera de la montaña donde vive la serpiente.

Una serpiente busca la noche entre mis brazos.
Husmea mis axilas.
La arrullo.
Soy la serpiente.

15

En mi cuerpo entran unos
y salen otros.
Soy un túnel.
Una mina de carne.

16

Tengo un paisaje en mi vientre.
Una montaña que reverdece mientras sueño.
Quiero decir: Ésta era la casa de mi abuela.
Su fogón donde nos dormían
mientras asaban el pan de madrugada.
Éstas eran las piedras,
la mata de duraznos donde trepaban los chayotes.
Aquí había un columpio.
Allí está el pozo.
Y este olor del aguacero.

17

Tengo varios cuerpos que duermen conmigo.
Tengo el cuerpo que enseñó al doctor
y el otro
que guardo en mi espejo.
¿Te acuerdas del cuerpo que antes abrazabas?
Ya no soy fiel a aquella desnudez.
Se quedó en la cama cuando me levanté,
y otros cuerpos lo tallaron,
lo vencieron.
Hoy lo lavé. Lo tendí
como una sábana blanca.

18

Las mujeres buscan en sus camas
algo que no es hombre,
ni mujer,
algo que los hombres tampoco encuentran.

CUANDO ERA HOMBRE

Para José Ángel Rodríguez, Gerardo Ortiz,
Giovanni Proietti, John Oliver Simon, Juan Blasco,
Juan Ascencio, Jack Hirschman, Paul Landry,
Rodrigo Núñez, José Martínez Torres, Carter Wilson,
John Burstein, José Ignacio Ruiz de Francisco,
William Blake, Pancho Álvarez, Ayub Barquet Lope,
Pedro Álvarez, Miguel Ángel Hernández,
Erasto Urbina, Ezequiel Robles, Francesco Pellizzi,
Delfino Marcial Cerqueda, Nicolás de Paz,
Jose Luis Hernández, Raúl Castillo, Jack Kerouak,
Miguel Chanteau, Jacinto Arias, Richard Kramer,
Richard Lee, Andrew Muher, Miguel Comate,
Marcos Arana, César Meraz, Roberto Laughlin,
Humberto Pérez Matus, Hermann Bellinghausen,
Miguel Ángel Godínez, Charles Bukowski, Javier Molina,
Raúl Garduño, Jaime Sabines y Joaquín Vásquez Aguilar,
hermanos y musas.

Cuando era hombre vivía en San Cristóbal. Arriba de la montaña, al sur, frontera con Guatemala, en un lugar donde tocan arpa. Antiguo crucero en los caminos blancos de los mayas. Anduve calles empedradas. Caminé por la niebla. Me enamoré varias veces.

Ahora que soy mujer, cuando subo en un taxi, el chofer me pregunta:

--¿Usted no es de aquí, verdad?

Yo le contesto: —Soy orgullosamente mexicana.

—¿Te casaste con un mexicano, verdad? —me acusa con morbosidad.

—Sí, señor —le digo—. Con varios.

*

Tengo una amiga que estaba casada con el Santo, el enmascarado de plata. Salía en todas sus películas. Guapa, rubia. Ahora es escritora destacada pero jamás escribe acerca del luchador. Es como yo que nunca hablo de mis otras vidas. No menciono a mi tío en Chattanooga,

igual como la abuela cambia el tema a los que preguntan acerca de los cherokees en la familia.

—¿Son finos o corrientes? —quiere saber la señora de la tienda.

El jabón de Castilla es de calidad, para los que se bañan, o apestan. El olor del dinero blanquea la piel, ensuavece los prejuicios, enaltece al cliente.

—Bueno, pero, ¿tú vas a sus dentistas? ¿Dejas que te saquen sangre, piojos, hijas? ¿Lees libros escritos por lesbianas?

*

—PUES, SÍ, señor, hace años me vine para acá, fui para allá. No nací aquí. Me acosté con muchos cuerpos. Hombres que ahora encuentro en la calle, caminando hacia mí en la otra acera. Reconozco algunos con quienes he estado en la oscuridad desnuda. Casi no nos vemos ya.

Sí, señor, me acuerdo de cada uno. Muchos tenían el mismo nombre. Esto era lo raro: Sin cruzar palabra, al instante, me daba cuenta —a las dos cuabras— si el desconocido se llamaba R—.

R— es una manera de andar, una mirada, una de las grandes razas. Uno de los R-, el primero de todos, el que dejé cuando me cambié para acá, pues ése —después de veinte años de esperarme—se volvió a casar con otra que se llama igual que yo. Munda. Esto sí es cierto. Yo lo viví.

Recorrí todo el abecedario. Desde los A-, hasta los B-, los C. Había un D- que olía a caoba, un F- de pito dulce, un H- salado. Los J- suelen cantar en la cama, los K- recitan versos. Un L en una hamaca de la tierra caliente...

Me esmero en acordarme de sus nombres. ¡Da pena equivocarse en el momento del placer y gritar ¡M-! en vez de ¡N-! Para no complicarme la vida casi siempre me conformo con los R-. Les fui muy fiel. A todos.

Nunca permito que los taxistas me sigan entrevistando una vez que llegamos al asunto de mis matrimonios. Simplemente me callo y los dejo con su vergüenza en la boca. Jamás tocamos las preguntas morbosas que les hierven por dentro.

—¿De qué color tiene ella los vellos de su panochita? —oí que preguntaban unos indios al chofer, señalándome con su mirada.

Cuando era niño me gustaban las rubias. Ya que soy mayor las gringas me dicen Negro. Cuando voy en la calle con mi hija y su madre, todos se vuelven para averiguar si salió saltapatrás o güera.

*

Me sorprende cómo personas que yo considero revolucionarias en muchos de los frentes pueden estar hipnotizadas por los prejuicios de cajón. Algunos, cuando me conocen en persona, se indignan: ¿A poco usted es Munda Tostón? Como si yo misma hubiera secuestrado a mi verdadero yo y me estuviera engañando. Mientras nos carteamos, les caigo bien, antes de ver mi rostro o conocer mi voz. Vienen a buscarme. Tocan a la puerta varias veces. Vuelven, dejan recados. Cara a cara con mis admiradores, por fin, veo que no les agrada lo azul de mis ojos. Mi acento les repugna. Están furiosos.

(No nos saludan cuando caminamos por la calle. No nos dicen buenos días ni nada. Como si fuéramos perros.)

Todos somos terroristas en la novela policiaca de Trump y para muchos de mis amigos de la izquierda soy de la CIA. Según cuentan, además, rica. Me traen odio en sus miradas, como un puñal en el culo. Apenas un tufito de racismo. No el rencor de los que linchan, sino desprecio de los que violan a las criaturas.

—¿De dónde eres? —me preguntan.

¿De qué mundo, qué munda?

*

Una noche en una casa de lodo una mujer india me palpó por todo mi cuerpo, como amansando a un animal.

—Eres mujer —me dijo por fin—. Hasta podías tener hijos.

*

Viajo en átomos de hierro que migran de planta a animal a tierra. Parvadas de mariposas negras giran alrededor de los faros del centro. Dicen que nos traen saludos de la muerte. Su vida dura sólo una noche. Se les acaban sus alas y quedan aplastadas bajo los carros.

La ciudad contaba con apenas dos autos cuando llegué aquí. Tenía mis muelas intactas en ese entonces; las caries han ido aumentando a la par del tráfico. El deterioro de mi sonrisa refleja la destrucción de la arquitectura. Diente por diente, piedra por piedra, nos estamos cayendo en la ruina. Cuando cavaron el estacionamiento bajo la Catedral, el mero Satanás me hizo la endodoncia.

Cuando empezó el mundo, los dioses vivían en San Cristóbal. Ahí nació el árbol de la vida, brotaron el canto, la poesía, la pintura. La codicia y el bacanal. Talaron el árbol de la vida, brotó la sangre del árbol sagrado y en el fluir de su vitalidad surgió el tiempo. Nacieron el pasado y el futuro.

Cuando era hombre iba al Café Central para ligar a las gringas. Una güerita de ojo azul vendía ámbar en las mesas de atrás. Lo llevaba en una canasta. Esto era mucho antes de que las niñas de Chamula empezaran a tejer pulseritas. Las francesas compraban aretes, las italianas collares. Los mayas buscaban talismanes contra el mal de ojo. Manitas de ámbar rojo, corazones.

—¿Quieres ver una araña prehistórica? —me pregunta la Gringa—. Mira la mariposita atrapada en el ámbar... éste no lo vendo. ¿Ves cómo vuela tras la luz?

*

EL VUELO a Chiapas se demora. Los pilotos están en huelga. Los aviones permanecen en tierra. Mi amiga y yo dormimos una noche en la alfombra del aeropuerto. A la mañana llamamos a una tal Fausta para ver si podíamos tomar un baño en su casa.

-Vengan para acá –nos invitó muy cristianamente–. Tengo buen material de lectura. Agarramos un taxi en la calle, uno destos, piratas.

—¿A dónde van, güeritas? –nos preguntó el chofer.

—Nos vamos a Chiapas –le dije riendo.

—Yo las llevo.

Esto nos pareció tan de cuento a mi amiga y a mí que de golpe aceptamos la oferta.

—Las llevo por la mitad de lo que les costó el boleto de avión-- nos propuso el tipo, bien cuate–, al cabo me sirve de paseo.

Ya era tarde cuando salimos de la Ciudad de México. Antes de Puebla se hizo de noche. Venía con nosotros el cuñado del chofer, “para cualquier cosa”. Nadie hablaba. Empezaba a brillar en la oscuridad una calacota que colgaba del espejo.

Cuando nos paramos en una gasolinera me fijé que los asientos del taxi estaban tapizados con tela roja y negra estampada de calaveras ensangrentadas.

Mi amiga y yo nos miramos. La adrenalina del asunto nos traía fregadas. Me controlé la neura hasta que empezaron a comprar los six. Eso fue ya en Veracruz y nos ofrecieron chelas, pero les dijimos que no, gracias.

La carretera estaba muy desolada, desas en la selva donde sopla un aliento tibio a la media noche y las chicharras entonan sus arpas.

La frontera entre el Bien y el Mal no existe en ningún lugar geográfico, sino que divide en dos el corazón de cada ser humano, según Soljenitsyn.

—¿Todos los indios son buenos, verdad? —me susurró en el oído mi amiga.

--¡Buenísimos! —le dije, acordándome de X-, Y- y Z-.

El taxista empezó a contar que sus padres hablaban alguna lengua que no le enseñaron por vergüenza. Salieron del campo y fueron a la Ciudad de México donde trabajaron como cargadores. Nos empezaba a contar la historia de su vida. Apenas nos habíamos conocido afuera del aeropuerto internacional y ya nos íbamos juntos a San Cristóbal. No sabíamos que estaba tan lejos.

Toda la noche pasamos por la tierra caliente. Una sinfonía de cigarras, estrellas fugaces, cañaverales incendiados. Nos despertamos en plena costa. Era la época de mango.

—En otra vida yo tenía el cabello negro —dijo mi amiga en voz alta—. Era un muchacho de bigotes, un analfabeto. Tenía miedo de los gays. ¡Claro que me acuerdo!

El chofer ya venía asustado, viendo tantos indios con sus machetes y sus coas. Las mujeres con cargas de iguanas en la cabeza. Confesó que nunca antes había salido a carretera. Ya se quería regresar al DF.

*

—Sí, señor, llegué aquí hace muchos años sin saber a dónde me iba. Venimos de lejos, muy lejos. En un taxi como ese de usted. Nos paramos en Tuxtla bajo un sol calcinante. Preguntamos por San Cristóbal.

—Sí —nos dijo un viejo, señalando a la Sierra—. Les falta hora y media para La Ciudad Más Alta. Allá arriba hay manzanas, orquídeas de la tierra fría. Montes de musgo y roble. Los brujos queman incienso. Di-

cen que ahí son poetas todos, hasta comprobar lo contrario.

Cuando era hombre nunca se me ocurrió violar a una mujer. Yo quería que me lo hicieran a mí. Que me manosearan las gabachas, estas que puedes ligar en San Cristóbal. Conocí a una que me dejó su dirección. Ella iba pidiendo aventón por toda la República Mexicana. Sola, en camiones grandes. Cuando era niña pensé que María Emma era de chocolate y yo de vainilla. Los meses iban girando contra reloj y los números eran de colores. Existía un dios que plantaba la semilla de un hijo en las mujeres enamoradas. Su lengua corría por todo mi cuerpo, hasta el clítoris, mientras rezaba a los ángeles.

*

No me acuerdo cuándo era hombre. Sólo sé que quería ser mujer para luego volverme puta. Y creo que las gringas pagaban para acariciarme.

*

Me transformo como nube. San Cristóbal es mi crisálida. ¿Cuántos años tengo que permanecer aquí para poder volar?



ÁMBAR PAST: Refugiada cultural de ascendencia polaca y cherokee. Nació en 1949 en Estados Unidos y se naturalizó mexicana en 1985. Pasó 44 años entre chamanas mayas en las montañas del sur de México. Actualmente lleva una vida nómada en los Himalayas y los Andes.

1. Francisco Brines 2. Jorge Márquez / Miguel Murillo 3. Bernardo Atxaga
4. Ada Salas / María José Flores 5. Luis Landero 6. José Agustín Goytisolo
7. José Hierro 8. Juan José Millás 9. Justo Vila / Fco. José Vaz 10. Clara
Janés 11. Antonio Gamoneda 12. Félix Grande 13. Ana Rossetti 14. Luis
Mateo Díez 15. Dulce Chacón 16. Luis Antonio de Villena 17. Luis García
Montero 18. José Viñals 19. Manuel Martínez Mediero 20. Antonio Mar-
tínez Sarrión 21. Gustavo Martín Garzo 22. Jorge Riechmann 23. Juan
Carlos Mestre 24. Olvido García Valdés 25. Javier Tomeo 26. José Ma-
ría Merino 27. Irene Sánchez Carrón 28. Espido Freire 29. Rosa Regás
30. Felipe Benítez Reyes 31. Víctor M. Díez 32. Rufino Félix Morillón 33. Ana
María Matute 34. José Manuel Caballero Bonald 35. Ignacio Martínez
de Pisón 36. José Antonio Ramírez Lozano 37. Unai Elorriaga 38. Rafael
Chirbes 39. Carlos Marzal 40. Luis Alberto de Cuenca 41. Jesús Sánchez
Adalid 42. Juan Bonilla 43. Carmen Alborch 44. Agustín García Calvo
45. Almudena Grandes 46. Inês Pedrosa 47. Isaac Rosa 48. Fernando Bel-
trán 49. Ángel Campos Pámpano 50. Belén Gopegui 51. Benjamín Prado
52. Luisa Castro 53. Antonio Soler 54. Antonio Pereira 55. Basilio Sánchez
56. Ricardo Menéndez Salmón 57. José Luis Peixoto 58. Raúl Guerra Ga-
rrido 59. Santiago Castelo 60. Luis Eduardo Aute 61. Gonçalo M. Tavares
62. Eugenio Fuentes 63. Marina Mayoral 64. Suso de Toro 65. Cristina
Grande 66. Luis Felipe Comendador 67. valter hugo mæe 68. Jordi
Doce 69. Antonio Gómez 70. Déborah Vukusic 71. Joan Margarit i Con-
sarnau 72. Fernando Sanmartín 73. Andrés Neuman 74. Eladio Orta
75. Francisco Javier Irazoki 76. Ángel Petisme 77. Diego Doncel 78. Dante
Medina 79. José María Cumbreño 80. Pablo Guerrero 81. Enrique Falcón
82. Ferran Fernández 83. Daniel Casado 84. Irene Gruss 85. Luis Chaves
86. Uberto Stabile 87. Antonio Rigo 88. Nurit Kasztelan 89. David Pielfort
90. Ana Pérez Cañamares 91. Pilar Galán 92. Gsús Bonilla 93. Juan Ma-
nuel Barrado 94. David Eloy Rodríguez 95. Eduardo Moga 96. Esteve So-
ler 97. David Trashumante 98. David Castillo 99. Paco Gómez Nadal
100. Javier Lostalé 101. Ámbar Past.

101

Asociación
de Escritores Extremeños